

Se oyó una voz en la noche: «es el Señor»

La iglesia del Señor vive en Pentecostés. Muchos ven la densa sombra de la noche. El miedo y la desesperanza les hacen entristecerse y retroceder. Pero brilla ardiente el lucero de la mañana que no conoce ocaso. Su fuego se está prendiendo poderosamente en la tierra. Con nosotros, sin nosotros o contra nosotros, la llama de Amor viva se extenderá. Los hombres emprenden una etapa nueva en el camino de la historia. Y el Señor sale a su encuentro para poner en pie a los nuevos apóstoles, que le ayuden a poner la levadura en la masa, a sembrar el grano de trigo en la tierra, a encender la lámpara sobre la mesa. Es tiempo de fuerte esperanza. Sólo hace falta que nos dejemos encontrar por el Señor resucitado, arrebatado por la pasión de su tarea y alentado por la fuerza poderosa de su Espíritu. También hoy, de nuevo, se oye el grito en la noche: «Es el Señor». «Alegraos. Os lo repito. Alegraos... El Señor está cerca» (Flp 4, 4-5).

I. EN AQUEL MISMO LAGO

«Se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberiades» (Jn 21, 1). El reencuentro sucedió en aquel mismo lago. Era la misma tierra de su trabajo y de su historia. Caminando por la ribera del mar de Galilea, les había visto echando las redes, pues eran pescadores (Mt 4, 18). Jesús había ido saliendo a su encuentro compartiendo con ellos una entrañable amistad. «Venid y lo veréis» (Jn 1, 39). Sobre todo les había seducido su persona. Se habían ido adentrando en el secreto de su vida y de su proyecto. Habían convivido con él y le habían oído anunciar la buena noticia del reino: ha llegado el reino. El Padre os ama con inmensa ternura. El va a reunir, a través de mis manos, una gran familia de hijos y hermanos. Les

quiere reunir en torno a una mesa grande donde se sienten todos y los pobres sean los primeros. El quiere reunir a la multitud, a todos. Cada uno va por su camino, pero su amor los acogerá y los recogerá como una red que se tira en el mar. «Es semejante el reino de los cielos a una red que se tira en el mar y recoge toda clase de peces» (Mt 13, 47). Al final habrá que separar a unos de otros. Pero ahora la red tirada por los pescadores y sostenida por las barcas, acogerá a todos, completamente a todos. Es el comienzo del fin, pero el comienzo de la paciente misericordia (Lc 13, 6-9).

Un solo pescador no puede tirar en el mar un red tan grande y abarcante. Necesita la ayuda de unos compañeros de trabajo. Jesús sale a su encuentro para invitarles a compartir su obra. «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres» (Mt 4, 19). Se está iniciando la aurora de los últimos tiempos. Los hombres del pueblo son «como peces del mar» (Hab 1, 14). El Señor los reunirá a todos de todos los países, en donde están dispersados. A todos, de todas partes, hasta los confines de la tierra (Jer 16, 14-21). «He aquí que envío a muchos pescadores —oráculo del Señor— y los pescarán» (Jer 16, 16). Los amigos habían escuchado la llamada de Jesús. Les invita a compartir con él la tarea de reunir la iglesia para el reino. Y respondieron que sí. «Al instante, dejando las redes, le siguieron». «Los llamó y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron tras él» (Mc 1, 18-20). Dejaron su familia y sus bienes, su trabajo y su futuro, para quedarse sólo con él. De todas formas aquella ruptura no había arrancado de ellos los últimos gestos de hacerse su vida, teniendo y pudiendo. Ser para sí, tener para sí, poder para sí. Eran gestos que quedaban en el fondo de sus entrañas. El seguimiento era una lucha por entregarse a Jesús, por la causa del reino, con el contrapeso del proyecto personal de construir su vida, de situarse y poder, aunque fuera de otra manera. Ellos consentían en seguir su camino. Afirmaban que estaban dispuestos a beber con él, la copa del dolor, que se avecinaba. Pero no podían ocultar las secretas aspiraciones que salían desde el fondo de sí mismos. «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido ¿qué recibiremos, pues?» (Mt 19, 27). «Maestro, queremos que nos concedas lo que te pedimos». «Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (Mc 10, 35-37).

II. SE HABÍAN VUELTO ATRÁS

«Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los del Zebedeo y otros dos de sus discípulos» (Jn 21, 2). Los que estaban de nuevo a las orillas del mar

de Galilea eran los amigos más íntimos de Jesús. No sólo eran discípulos que habían seguido sus pasos, sino incluso apóstoles, que habían recibido el encargo de compartir su obra (Mt 9, 35; 10, 5; Lc 6, 12-16). Entre ellos estaban los más destacados de los doce. Pero la tarde del viernes santo había sido para ellos una insalvable piedra de tropiezo. Herido el pastor, se dispersó el pequeño rebaño (Mc 14, 27). El profeta, el maestro, el amigo, más aún el Hijo amado del Padre, había muerto en el madero, como un criminal, no sólo abandonado de los hombres sino hasta del mismo Dios. ¿Qué otro camino les quedaba más que la huida? «Y abandonándole, huyeron todos» (Mc 14, 50). Pedro se atrevió todavía a seguirle «de lejos» (Mc 14, 54; Jn 18, 15-16.18), pero acabó no sólo huyendo de él, sino traicionándole (Mc 14, 66-72).

Los apóstoles estaban defraudados. Esperaban de él para ellos otra cosa. «Nosotros esperábamos que él fuera el futuro libertador de Israel» (Lc 24, 21). Ellos creyeron encontrar en él un líder político, que hiciera la revolución con la toma del poder, que ellos después también compartirían. El «reino» del «Ungido» resonaba en sus oídos como una hazaña religiosa de liberación sacro-política. Ya les había ido defraudando en el camino, porque siempre le encontraban donde no le esperaban y le escuchaban lo que no sospechaban. Pero el fracaso de la cruz hizo que su esperanza se defraudara por entero. Le vieron caer entre los guerrilleros crucificados, a él, que nunca en realidad lo había sido. Pero, sobre todo, le vieron abandonado de su Padre para el que únicamente había querido ser. Le habían vencido los poderes del mundo. Por eso, no sólo estaban defraudados, sino incluso aterrorizados. Pedro, que había intentado seguirle, por miedo a ser maltratado como él, aseguró una y otra vez que no le conocía (Mt 26, 69-74). Y todos se metieron en casa y cerraron las puertas por miedo a los judíos (Jn 20, 19). Por su causa habían perdido sus cosas. Ahora corrían el riesgo de perder su vida. (Mt 10, 24; Jn 15, 20). Pero, en realidad, ya la habían perdido. A pesar de todas las resistencias, cuando le seguían, vivían en realidad de él y para él. Era él quien había fracasado. Parecía, después de las sombras del viernes santo, que se había atrevido a soñar lo imposible, y no sólo a soñarlo sino a perseguirlo y a realizarlo. Fracasó él y, por eso, habían fracasado ellos.

Su esperanza no sólo había sido defraudada y amenazada, sino crucificada, aniquilada. Su problema último no era el cansancio, ni la desilusión, sino la pérdida misma de su identidad. Arrancado de su lado Jesús, perdido ya de vista, porque sus ojos no fueron capaces de seguir contemplando en la noche cerrada, ya no sabían siquiera qué era ser apóstol. Lo que queda entonces es volver a pisar tierra, curarse del entusiasmo de la utopía, volver a pensar en su familia y en su

trabajo. Había que situarse, aunque fuera volviendo otra vez al lago, a tomar las redes. Era difícil olvidar los caminos. Más difícil aún alejarse de la luz de aquel rostro. Pero la vida urgía. Era necesario abandonar el proyecto de perderla, para reemprender el proyecto de ganarla. Por eso se dispusieron a tomar, de nuevo, el camino hacia su tierra, hacia su pueblo, hacia su hogar. La pesadilla de Jesús era inolvidable y les pesaba en el camino. «Conversaban entre sí sobre lo que había pasado» (Lc 24, 14). Pero había que volver. No quedaba más remedio que ganarse el pan. Les costaba renunciar a la esperanza, pero era la esperanza misma, quien había huido. En aquella noche estaban en la arena los que habían sido apóstoles, dispuestos a deshacer para siempre el camino emprendido y a dedicarse tan sólo a pescar la pesca del lago, para poder al menos vivir. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos le contestan: «También nosotros vamos contigo». «Fueron y subieron a la barca» (Jn 21, 3).

III. LA VOZ DE UN COMPAÑERO DE FATIGA

«Aquella noche no pescaron nada. Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos ¿no tenéis pescado? Le contestaron: «No». El les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis» (Jn 21, 4-5). Antes de que se presentara en la orilla, los pescadores tenían la experiencia de la imposibilidad. No lograban encontrar ni alcanzar la pesca. «No pescaron nada». «No tenían pescado». No era la primera ocasión que habían tropezado con lo imposible. «Maestro, hemos estado pescando toda la noche y no hemos pescado nada» (Lc 5, 5 a). Era una experiencia también de los caminos. Decían «podemos», pero luego no «podían». No se acogían al apoyo de quien era su fuerza.

Alguien, antes del amanecer, se había presentado en la orilla. Parecía un compañero de trabajo, que también tendría que ir a pescar, pero que estaba dispuesto a echarles una mano. «Los discípulos no sabían que era Jesús». Después que resucitó de entre los muertos, salió al encuentro de los suyos con el rostro sencillo de un compañero de camino. Ellos le creían ausente. El, en cambio, estaba presente junto a ellos. Más presente, más cercano. Tan cercano como el hortelano que cava en el huerto (Jn 20, 15), como el peregrino que comparte la marcha. «El mismo Jesús se acercó y siguió con ellos» (Lc 24, 15). En medio de su vida, desde su vida, salió al encuentro. No se había marchado para desentenderse de este mundo, sino que estaba con ellos, en medio de ellos, delante de ellos (Mc 16, 7). Ellos habían llegado al límite de sus posibilidades. Estaban vencidos por la angus-

tía y la desesperanza. Sin duda están marcados por la traición y por la muerte. Pero cuando ellos se habían apartado, Jesús viene al encuentro, a mostrarles la disponibilidad y la acogida, como en cualquier instante del camino. Pero más ahora, porque los pescadores que sobrevivieron, padecen la muerte, mientras que el Crucificado vive.

No acabaron de conocer su voz. Pero ciertamente era una voz amiga. Desconocida, pero bien conocida. Como para fiarse de ella. Se les conmovieron las entrañas. En medio de la noche, una sombra cercana emergía del horizonte para hacer posible lo imposible. «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis» (Jn 21, 6). ¿No habían escuchado aquella misma palabra en otra noche oscura? «Adentraos en el mar y echad vuestras redes para pescar». No habían pescado nada. Pero el maestro insistió. Y Pedro dijo: «En tu palabra echaré las redes» (Lc 5, 4. 5 b). También ahora echaron las redes. Pero no por su iniciativa, sino por el encargo del compañero de fatigas; no confiando en sus fuerzas, sino en la mano extendida del que los llamaba y les indicaba desde la orilla. Se habían dejado conducir. Se habían dejado alentar. «La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces» (Jn 21, 5; Lc 5, 6). De nuevo tropezaban con la incapacidad, con la imposibilidad. La red se había llenado de peces. Más de lo que creían y podían. Se había hecho posible lo imposible. Pero ellos no podían recogerlos. Era un peso superior a sus fuerzas. Habían encontrado pesca donde no sospechaban. Por sendas desconocidas para ellos, bien acostumbrados a los caminos del mar. Pero encontrada la pesca, no podían reunirla sobre la arena, aunque eran hombres curtidos en la brega del esfuerzo y la fatiga.

IV. SE ILUMINÓ SU ROSTRO

Era el amanecer, los levantes de la aurora. Vieron romper el día sobre su hermoso rostro y al sol abrirse paso por su frente. «El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «Es el Señor» (Jn 21, 7). No sabemos quién era este discípulo. Tal vez fue uno de los pequeños seguidores de Jesús, o la figura ideal de los que le seguían. Acompañó a Jesús de cerca en el trance final de su pascua. En la última cena, se recostó sobre su pecho (Jn 18, 23), estuvo a pie firme junto a la cruz, cuando Jesús le encomendó a su madre (Jn 19, 26) y fue testigo privilegiado del sepulcro vacío (Jn 20, 1 s). No es «el que amaba a Jesús», sino aquél «a quien Jesús amaba». Porque le amaba, se iluminaron sus ojos y él pudo verlo y anunciarlo. «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos... os lo anunciamos» (1 Jn 1, 1-3). El discípulo amado dio un grito en el amanecer.

«Jesús vive». Está en medio de nosotros. Está delante de nosotros. «Es el Señor». Jesús, el Hijo amado del Padre, el Hijo enviado, el Hijo encarnado, el Hijo crucificado es ahora el Hijo exaltado. La piedra de tropiezo, la cruz, acaba de iluminarse. El Hijo amado, tiene que ser levantado en alto (Jn 3, 14; 6, 62; 8, 28; 12, 34), para ser glorificado (Jn 12, 23; 13, 31). La cruz ya no es lo más hondo de la humillación sino el ascenso de la glorificación. El Hijo se ha entregado para abrirnos el acceso al Padre. Para que nosotros, en él, podamos amar al Padre en el mismo Espíritu, consumándonos en la unidad, y el mundo, cerrado a su amor, le confiese como enviado y alcance su salvación (Jn 17, 21-26). El discípulo amado, testigo del Señor, lo anuncia a sus compañeros de camino, para que ellos se acojan también a él, que ha venido a su encuentro.

«Cuando Simón Pedro oyó: «es el Señor», se puso el vestido —pues estaba desnudo— y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces, pues no distaban mucho de tierra» (Jn 7, 8). Pedro, el mayor, era sin duda el más frágil, el más pequeño. Sólo Judas le superó en la traición. Pero él amaba a Jesús con toda su alma (Jn 21, 15-16). «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero» (21, 17). Así respondía desde su quebradiza pequeñez al amor entrañable y preferente que Jesús le tenía (Mt 16, 16-19; Lc 22, 31-34). «Señor, ¿a dónde vas?... ¿Por qué no puedo seguirte, ahora?» (Jn 13, 36-37). Cuando Pedro veía a Jesús, se sentía seducido, arrastrado para seguirle «ahora», «al instante», «del todo en todo», «sin importarle nada de nada». Flaquearán sus fuerzas, pero él se atreverá a correr el riesgo entero. «Señor... mándame ir a ti sobre las aguas» (Jn 14, 28). Como un muchacho pequeño que no mide las distancias y las fuerzas, se ató el vestido y se tiró al mar. Llegar a él, de prisa, cuanto antes. Solo él cuenta. Ya no cuentan las redes, ni lo que los hermanos digan o hagan. Se dejó seducir inquebrantablemente por el grito del discípulo amado. Y los demás le siguieron. Detrás de él, con los peces reunidos en la red. También ellos vinieron al encuentro. Se dejan arrastrar y con ellos arrastraban a la multitud. Algo así había ocurrido al comienzo de los caminos. El profeta de Nazaret, maltratado y colgado en el madero, es el mismo que ahora está allí en la arena. Ha atravesado la hora. «Es el Señor». Pero también ellos son los mismos que habían sacado las redes repletas, que después las habían dejado, que habían tropezado en el escándalo del madero y que ahora sentían la segunda llamada. Cuando ellos creían que todo estaba terminado, todo en realidad empezaba de nuevo.

V. Y LES ALENTÓ EL ESPÍRITU SANTO

Ellos no acababan de salir de su asombro. «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?, sabiendo que era el Señor» (Jn 21, 12). Fue él quien se había adelantado en el encuentro. Con su presencia y su voz la red que estaba vacía se llenó de peces. Con la luz de su rostro, pudieron sacarla a la orilla. Todo era un signo. El a la cabeza. Ellos en torno. Los peces reunidos sobre la arena, recogidos por la red. Era el signo de la mañana de la resurrección. El, resucitado de entre los muertos, estaba reuniendo a la familia de sus hermanos y preparando la mesa común de su reino. Otra vez la tierra convertida en mesa. «Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Jesús les dice: «Venid y comed»... «Toma el pan y se lo da y lo mismo el pescado» (Jn 21, 12-13). «Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron... Le reconocieron al partir el pan» (Lc 24, 30-31. 35).

La esperanza se había convertido en gozo, el miedo en alegría desbordante. Sencillamente, no podían acabar de creer de pura alegría (Lc 24, 41). El les dijo: «Paz a vosotros». Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: «Paz a vosotros» (Jn 20, 19-21). Vivía Jesús su esperanza, él que les había amado hasta el fin, hasta el extremo (Jn 13, 1). Ahí estaban las marcas de la cruz. Aquellas llagas abiertas y gloriosas que habían vencido a la muerte eran el testimonio supremo del amor del Padre, por manos de su Hijo. «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo» (Jn 3, 16). «En esto consiste el amor, en que él nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10). La alegría es el gozo de ser amado en esperanza. Los discípulos tenían la esperanza de haber sido amados. Fue amada la tierra. Fue amada la multitud. Fueron amados ellos. Desmedidamente amados. Definitivamente amados. Aquella mañana de la resurrección era el día de la esperanza. Había empezado el reino. La familia de hermanos, la mesa compartida. Por muchas que fueran las cadenas, se habían roto de raíz. Por grandes que fueran las trincheras se habían derribado en sus cimientos. El Resucitado decía ahora con una fuerza nueva la misma noticia de los caminos: el evangelio de la paz. «Paz a vosotros».

Pero el encuentro con él se convertía al tiempo en misión. Aparecía ahora no sólo resucitado, sino entronizado en su señorío. «El Padre ama al Hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas» (Jn 3, 35). «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18). Ahora es cuando los apóstoles lo empiezan a ser plenamente, verda-

deramente. Cuando el resucitado les envía en su misma misión. «Como el Padre me envió, así también os envío yo a vosotros» (Jn 20, 21). «Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda la creación» (Mc 16, 15). «Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo» (Mt 28, 1 a). «Recibiréis la fuerza del Espíritu santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8; Lc 24, 47-48). De nuevo se confirmaba la palabra. Echad las redes. Seréis pescadores de hombres (Lc 5, 10). Ahora es cuando compartiréis conmigo la tarea de reunir la familia entera de los hermanos y de construir en el universo de los cielos y de la tierra la mesa común, donde se sienten todos y los pobres sean los primeros. Es cuando se empiezan a recrear todas las cosas. Ahora es cuando amanecen los hombres nuevos de la nueva humanidad para la nueva creación.

Ellos estaban en la orilla, con la conciencia de su extremada pobreza. Eran pequeños, porque habían salido de entre los pobres, de la basura del mundo, de lo que no es (1 Cor 1, 26-28). Eran pequeños, sobre todo, porque ante el amor tan grande del Señor, se veían cerrados sobre sí, apretando las redes, pretendiendo tener y poder para el futuro. Pero en aquel encuentro ya habían dejado de mirarse a sí mismos. Todos confesaban la misma confesión del discípulo amado: «Es el Señor». Eran pequeños, pero él era grande. El camino era imposible para ellos, pero no para él. Como en la primera hora de la vieja creación, así también ahora en la primera hora de la nueva, el Señor alentaba a los hombres de barro. «Sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu santo» (Jn 20, 22). «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). El cansancio se convirtió en aliento, el miedo en coraje, la desesperanza en esperanza viva, el fracaso en comienzo de victoria. Se inauguraba Pentecostés (Hech 2, 1-11). El fuego del amor del Espíritu ardía en sus entrañas y se disponían a la travesía de la tierra para reunir a la iglesia y preparar el reino. Sobre las mismas huellas del Señor. Dispuestos a atravesar la pascua. Con la infinita confianza de que el Señor reina, hasta que vencidos todos los poderes, incluso la muerte, él mismo entregue el reino al Padre, para alabanza de su gloria (1 Cor 15, 25-28). La noche estaba ya de vencida. Ardía el lucero radiante de la mañana. Sólo un grito resonaba en la marcha. Venga tu reino. *Marana tha* (Ap 22, 16-21).